

LAS ESCULTURAS

JENS BÜCHER

Las Esculturas
Jens Bücher
1983
Der.Res.Jens Bücher
No.Inscripción 79740
Santiago, Chile
www.persona.cl
www.bucher.cl

metabállon anapáuetai

transmutando reposa

Heráclito

Donde pongas tus manos,
sobre piedra, esbozo y cincel,
se acerquen a la silla
o crucen el aire,
mira como van
inmersas en tu intimidad
seria y cálida.

Y tu vista misma,
nacida en el centro
de tu paz quieta y generosa,
más da que recibe.

A veces creo
que aire y tarde
son partes de ti,
de tu concéntrico quehacer,
y que tu martillo
lleva el pulso
de tu sangre.

Día a día
volviste a la piedra
y tu corazón
buscó y golpeó en su contra
la expresión de su fuerza.

De mañana en mañana
ternura y vida
despertaron perfiles
del bloque inerte
y convencieron aire
y mediodía.

Y como quedan ahora
sobre mesas y estantes
las silenciosas figuras
y hablan de ti -
tú,
tú vas respirando
el ritmo y el alma
de un nuevo quehacer.

Una vez te encontré
la cara ladeada
sobre brazos cruzados,
el cuerpo entero
apoyado sobre el inicio
de una nueva escultura.

Llorabas tranquilamente.
Las gotas te caían
de la mejilla a la mano
y resbalando
mojaban la piedra.

Yo nunca supe.
Giré silencioso
en torno a tu presencia
y dejé que sea.
Tal vez era música,
dolor, dulzura -
o una imagen querida.

Tu trabajo
se desprende de tu vida
como las pinojas del pino
cuando el tiempo lo lleva
a través de espacios del ser.

Queda de tu fluir
el recuerdo inmóvil
de la luz de tus ojos,
cuando veías la figura
soltarse del torrente
vivo y generoso.

Y un poco más lejos
está en todo lo verde
de árbol y arbusto
parte de ti, de tu respirar,
cuando engolfas con tu corazón
vida y mañana y suspiras -
abiertas las manos
y las esperanzas.

En las manos
tú llevas

los signos
de este ir y venir.

En tu mirada
reposada y abierta
está la calidez
de la existencia.

En tu andar
flexible y seguro
va el agrado
por tu quehacer.

Escuchaba yo
el golpe de tu martillo,
la cantilena suave y pareja,
esta cantinela tuya que más parece
señal y atracción
que labor y rutina,
y me estuve pensando
en tu corazón
blando y alegre.

Quise saber
lo que pasa entre mano y roca
cuando tanteas un declive.

Quise saber
lo que va por tus sueños
cuando duermes profundo.

Quise saber
si en todo se muestra igual
tu convencida suavidad.

Hoy, en la madrugada, ingresé
a tu taller semioscuro.
Paredes y aire parecían
doblemente silenciosos
en su lento amanecer.

Cinzel y martillo
daban la impresión
de querer trabajar ya.

Una piedra grande y voluntariosa

en su voluminosa pesantez
aguardaba tu llegada,
a ver si el aire
llega luego a intimidades
más livianas y graciosas
de su dura esencia.

Y tú ausente,
estabas en todo
como el pronto despertarse
a las fuerzas
de la creación.

Hay tardes
- vacías de trabajo -
en que tu mar se reúne
y las olas no llegan.

Hay veces
- sin mucha expresión -
en que tu sangre va
recogida y guardada.

Hay noches
- sin luz de luna -
en que no distingo
el perfil de tus cosas.

A veces, cuando veo tus figuras,
me sorprende
que tú hayas mostrado intimidad
donde todo lo habías abierto,
fuerza donde más había aire
y ternura en una arista de piedra.

Y en mí
cuando quise entender la vida
y sólo veía esta inmensa libertad
entre todos los opuestos
y anhelaba un recodo limitante,
una guarida poca
o un algo de apoyo.

-

Y tú trabajas,
sin embargo,

preguntando nada
y dejando que
las piedras digan.

Es en la penumbra
cuando más me agrada
visitar tu taller.
El aire en torno a las figuras
habla de suficiencia y humildad -
como el agua a veces
cuando has tenido sed
y respiras.
La poca luz
mejor expresa la unión
de textura y curva,
y yo voy
entre tus cosas
y callo.

El aumentado silencio
pulsas en el espacio
como eco
de la verdad.

Es cierto,
me gusta lo que haces.
Poco a poco
me entusiasma
más y más
alguna querida piedra,
perfecta que la has dejado
cuando yo aún no sabía
si ya estaba lista.
Cómo son objeto, sólo objeto -
pero también se evaden
y son dirección
y muestran más allá
de sí.

Entonces lo que expresas
- esta doble dimensión -
queda en medio del corazón
como la meta
que te inicia.

Tu martillo,
golpeando constancia
contra la piedra convexa,
va abriendo liviandad
para vueltas benditas.

Así el silencio,
enmarcando tus labios
con aires de paciencia,
va cultivando serenidad
para los días de tu vida.

Y entonces comprender
que todo lo haces
por cariño
y que no hay nada
que le falte.

Que en tus cosas
se expresa generosamente
la vida humana,
con contenido y ausencia,
dirección y quietud.

Y de esto cerciorarme
una vez más
acariciando una piedra cualquiera
como quien adora
a un niño bien amado.

Te quise preguntar
por tu descanso,
así como te veo trabajar
de cosa en cosa,
tus cejas sueltas
y en tus piernas el buen apoyo.
Quise saber
de la constancia
que se derrama
por encima del ritmo
de tu quehacer,
de la falta de voluntad,
de la facilidad y la liviandad,
de la ley que has descubierto

y con la que anclas tu corazón
en la profundidad de la vida.

Pero pienso
que mejor no te molesto.

Aprovecho que no estás
para adorar las figuras
que has hecho.

Respiro profundo
en torno a ellas
y me dejo influenciar.

Cae tu limpieza
como lluvia invernal
sobre mi sangre receptiva.

Y me sobrecoge
saber de tu soledad
seria y fecunda.

Tú decías
que en la piedra
estaba el fluir
de la existencia.

En la piedra
que golpeas
con el cincel
de tu cariño.

En la piedra
que flota en el aire
que tú pones
a su alrededor.

En la piedra
puesta entre tus manos
como agua
entre los labios.

Quisiste reposar
la vida
en la cóncava
superficie.

Quisiste la vida
soltar
desde una curva
lograda.

Pero tal vez
fue ella
quien jugó
contigo,

así como iba
en torno a mesa
y martillo -
trabajando.

Te sorprendí
mirando por la ventana
con la serena felicidad
de quien todo lo hace.

También en las piedras
vi esa tarde
la madura quietud
de una vida que se expresa.

Al dormirme más tarde
soñé tus cosas
demarcando el camino
hacia lo ancho.

Piedras, piedras
que fuiste derramando
en días de constancia
y serena, escondida felicidad,
cómo hiciste tanto aire
en torno a ellas
que ya la vista
no las contiene.

Qué fuerza va

de curva en curva,
de superficie en arista,
transformando,
generando el presente
que en nosotros decae,
presente abierto y limpio
y desplegado hacia el afuera
que lo sostiene
y lo agranda -
qué es.

Tus manos fueron la lluvia
que lavó el sobrante
de las piedras,
piedras traídas a tu deslucido taller,
macizas y pesadas como llegaban -
y ahora las vemos
en la suave claridad
que arrancaste de su dureza,
honradas y livianas que están,
transparentando los signos
de tu alma generosa,
los signos
de tu naturaleza sana y amplia -

y me toma un sentir
de algo profundo,
algo muy de todos nosotros
que se emite a través de ellas,
desde esta tierra nuestra,
desde esta superficie humana,
hacia una otra profundidad
que nos alberga y acoge.

Cuando me nace el felicitarte
por todo cuanto haces
me sorprende esto:
que no eres tú
quien expresa este fluir
en contra de la dura piedra,
que también tú eres expresión
y con todo lo que haces;
que la felicidad tuya
es mutación y progreso
para todos;

que lo que en ti va
es adelante de lo nuestro;

y que no está bien
el ir a ti y agradecer
toda tu sabia claridad,
sino el alegrarse de ella
y de tu camino vivenciable.

- - -

Hay en tus piedras
la luz
de un saber
en la sangre.

Hay frente a ellas
una vertiente
de claridad
y frescura.

Hay en su dureza
reflejos
de tu equilibrio
invisible.

- - -

Calladas y limpias
están tus piedras ahí
y se dejan estar
en medio del aire.

Como un espejo
claro y sin mancha
colgado por delante
de la pared.

Pero yo soy distinto
y cuando las veo
me reboto en ellas
y me transformo.

- - -

Pasaron tus manos
por estos pedazos
de materia
inerte.

Dejaron huellas
de ritmo y gracia
en lo que menos
lo tenía.

Expresaron calidez
humana
y se alejaron
humildes.

Es tu frente comprensiva
la que veo
en tanta lograda
convexidad.

Son tus manos receptoras
las que se muestran
en estas sinuosidades
benditas.

Y como tu mirada
hay curvas que rebasan
intimidad y fuerza
hacia el espacio.

Este equilibrio tan tuyo
de integración y felicidad
quiero saber
copiar.

Donde fuerza y liviandad
se ceden lugar y existencia
yo voy asombrado
aprendiendo.

Cuando tus manos se separan
de la piedra exquisita
yo trato de unir
la imagen.

Fluir, si no es fluir
lo que vas expresando
en tanta bella figura,

qué es.

Desde el dejarte caer
al sueño de la noche,
el pasar profundo
y el renacer a la luz.

El agua en la cara,
el pan, la fruta,
y más tarde
el golpear la piedra.

Y cuando vas
y te alejas en silencio
quedan en el aire
revuelos de tu ir.

El equilibrio que dominas
sobre la cuerda que no veo,
en qué vida lo aprendiste
que ahora parece obvio.

La facilidad que habla por ti
en cada logrado contorno
parece más ley
que grata excepción.

El arte en tus manos
crece por encima de mí
y parece casarse
con la vida.

Yo, quien amo
la belleza de pastos,
el abrirse de una flor
o el atento respirar
de un animal -
yo soy a quien
tienes admirado
frente a una de tus tantas
esculpidas piedras.

Y no que niegue ahora
las más cercanas evidencias
de esta vida maravillosa

que nos lleva y contiene,
no -
sino porque también va
en lo que has hecho,
va ella,
plena de sí misma,
desde que lograste
salirte de en medio
y dejarla ser
compleja y limpia
en su autosuficiencia
ingenua y clara.

Son tus piedras
expresión de cosas
más allá de
voluntad y valor.

Son la claridad
a la que nace
una visión
madura.

Son la evidencia
de un amar
desprendido
y feliz.

Son los frutos
de
la
tierra.

Y comprender
que lo que tú dices
no es triunfo ni mérito,
tus piedras indecibles,
sino como tu porte
o la forma de tu cara,
un modo de la vida.

Y que lo mío
tampoco es más
cuando me ilumina la felicidad
de haber captado más aún

en la vivencia de una textura
o en la sombra de una caída.

Pues tus piedras,
tu andar
o mi mirar
son nada más que
luces del torrente
embriagador.

Es en algún lugar lejano
donde aprendes los gestos
que más tarde, aquí,
llevas a formas y perfiles.

En ámbitos de asombro
y de inquieta disposición
conquistas la desprendida
visión que te abre al entero.

Frente a la piedra, a la que ahora
a nosotros asombra, sólo repites,
y van tus manos generosas
mostrando bien toda la limpieza.

Que sea verdad
lo que dices
con las piedras,
qué va,

si también
cautiva el cariño
puesto en
cada una,

la ternura
impregnada en ellas,
o la convicción generosa
que te llevó a proseguir:

si en esto leemos
la contraparte
a toda verdad
que tú dices.

-Qué has hecho
con mi mirar
que ya no
pregunta,

sino va en torno
a cada superficie
amante y
feliz -

qué has hecho
con toda mi vida
desde esas piedras
duras

que nace en mí
un anhelo
de expresarme
también.

Y yo, ¿qué diría
si supiese, como tú,
tallar de un volumen
un aire liviano

o de una dureza
el saber
de una sentida
suavidad -

qué diría
si va tu trabajo
como lo único
por mi sangre

y no me deja
aun para respirar,
muchas veces,
espacio y tiempo?

Aquí me tienes
acorralado con tu arte,
con tu oficio,
con tus piedras del vivir -

y quiero emerger
del torrente tuyo
y respirar
aire de nada,

pero tu ejemplo
y tu cariño arrastran
como la vida y
obedezco -

intuyendo que también tú
alguna vez
seguiste en silencio
y ahora sabes.

En la noche
hay silencio
en torno
a tus figuras.

El aire va
lentamente
conformándose
su intimidad.

Si poso
una mano
sobre alguna
superficie

me invade
el saber
de una gran
armonía.

Tú,
quien me enseñó
de la vida
el fluir,

elegiste
piedras
para
expresarte -

tú,
quien arrancas
de la vida
lo profundo,

complementas
giros y curva
con silencio
y aire.

En las tardes
el recogimiento
me intensifica.

Veo tus piedras
y sé penetrarlas
con mi sentir.

Algo mío las recrea
en lo invisible
y me lleva.

Tú, cuando vengo,
te diluyes empero
de vuelta.

Tú,
bendición de la sangre
y de la estampa humana,
tú no estás
cuando quiero aprehenderte,
a ver si me enseñas
el inicio de todo
lo que haces.

En la intimidad
de tu sabiduría
vas sonriente
y no te encuentro.

Fluidez interminable
desde la profundidad
de la vida,

emergente
en flor
y escultura,

constancia querida
de todo
cambio.